

CAPÍTULO XXX

PORMENORES

Con doble brevedad, cosa inaudita en los fastos del foro, el abogado de Valle-alegre contestó al escrito de Góngora. Se puede decir que su respuesta fué al mismo tiempo pronta como el relámpago y rápida como el rayo. Contestó al golpe y en términos tan lacónicos y tan precisos, que la gente de la curia se miraba atónita, encogiéndose de hombros, porque jamás se había visto en los estrados judiciales un escrito de menos palabras. Por primera vez en la historia de los pleitos se presentaba un modelo semejante de sobriedad; no contenía más que las frases absolutamente necesarias.

Para los que conocen el sistema de amplificaciones, citas, referencias, verbosidad é inagotable abundancia que constituye la especial literatura de los letrados, comprenderán que en este caso el jurisconsulto encargado de defender el derecho del banquero se había salido de todas las reglas del arte, dando á los *autos* desde el principio un sello de originalidad que hacía el litigio más interesante.

El pedimento contenía tres puntos secamente expuestos: Primero. Que los cargos hechos por la parte contraria eran suposiciones gratuitas según el Diccionario de la Lengua y calumniosas según la ley.

Segundo. Que la honra inmaculada de su cliente no podía permanecer mucho tiempo en tela de juicio bajo el peso de tan alevosas acusaciones.

Tercero. Pedía con improrrogable urgencia la prueba procedente, reservándose el derecho de reclamar en su día la pena establecida en el código contra los calumniadores.

Este escrito se unió á los autos y pasó á manos de Góngora.

Cuando el procurador, que ya conocemos, le llevó el expediente, lo dejó sobre el escritorio, y con su urgencia acostumbrada, saludó rápidamente y tomó el camino de la calle, pero Luis lo detuvo diciéndole:

— Un momento, señor Beltrán.

Paróse el procurador, y Góngora leyó el escrito de su adversario.

— Muy bien — dijo. — Esto va á escape. Pide la prueba y vamos á dársela.

Y en el acto dictó al Sr. Buenaventura un nuevo escrito más breve, más conciso que el de su contrario, uniéndole á él la copia testimoniada de las cartas de Ripoll, *instrumento público* que desde el día antes tenía preparado.

Cogió el procurador los *autos* y corrió á llevarlos á su destino.

El Juez no quiso ser menos activo y proveyó aquel mismo día la notificación á la parte contraria.

Indudablemente el letrado que defendía á Valle-alegre no esperaba una réplica tan pronta, y al ver el testimonio de las cartas de Ripoll, no pudo disimular su asombro. Comprendió inmediatamente todo el terrible alcance de aquellas armas imprevistas, y con la boca entreabierta y el ánimo suspenso, vacilaba sin saber qué partido tomar.

Llamó apresuradamente y se presentó en el acto uno de los jóvenes abogados que *practicaban* en su bufete; pero en seguida lo despidió diciéndole:

— Nada..., nada. No es necesario.

Luego cogió la pluma, y antes de escribir la primera

palabra la soltó bruscamente, quedándose el papel con la boca abierta.

Por último, se apoderó de los *autos*, tomó el sombrero, y olvidándose de su gran importancia jurídica y política, salió como un simple mortal en busca de su cliente.

Encontró al banquero en el vestíbulo de su palacio en el momento en que ponía el pie en el estribo del coche, y sujetándole por el brazo le dijo:

— Consulta.

— ¿Urgente? — le preguntó el banquero.

— Urgentísima.

Valle-alegre miró su reloj y el abogado insistió diciendo:

— Si el asunto de que se trata no entrañara una gravedad suprema, no habría yo venido á estas horas á la casa de mi cliente.

— ¿Tan grave es el caso? — preguntó Valle-alegre con indiferencia.

— Gravísimo — contestó el famoso letrado.

— Pasemos aquí — dijo el banquero, señalando á un extremo del vestíbulo.

Un criado se apresuró á abrir la puerta que acababa de señalar el banquero, y el abogado y el cliente se entraron en un gran salón de la planta baja del palacio, destinado al *buffet* en los días de grandes recepciones, mas no por eso estaba desmantelado y frío, pues el palacio del espléndido banquero respiraba el mismo lujo por todas partes. Su opulencia sabía portarse siempre regiamente, y hacía servir los prodigios de sus *buffet* inagotables en regios salones; bien podía, por consiguiente, el rey de la Bolsa recibir allí al rey del foro.

Entraron, como digo, y fueron á colocarse en el hueco de una ventana, ambos de pie, como hombres que desean despachar pronto.

El abogado puso los *autos* en manos de Valle-alegre,

y señalándole la copia testimoniada de las cartas de Ripoll, le dijo:

— Lea V.

Mientras el banquero leía con semblante impasible, añadió:

— Ese documento es un rayo que ha caído sobre nosotros.



Fueron á colocarse en el hueco de una ventana

Terminó Valle-alegre la lectura de tan terrible documento, y devolviendo los *autos* al abogado, se encogió de hombros exclamando:

— ¡Y bien!

— Queda un recurso.

— ¿Cuál?

— Tentar el vado de una transacción.

— Es tarde.

— No es tarde si conseguimos que las cartas vengan á nuestro poder.

— ¿Cómo?
 — Estableciendo esa condición en el convenio.
 — ¡Bah! — exclamó el banquero.
 — Ya sé — añadió el abogado — que nuestro adversario se negará á transigir un pleito en que lleva todas las ventajas, pero sacrificando unos cuantos millones cederá al fin... Si habían de ser ocho serán doce, y asunto concluído. No tenemos otra salida.

Hizo el banquero un gesto majestuoso de soberano desdén, y el abogado siguió diciendo:

— No es el desprecio la mejor manera de parar el golpe que tenemos encima, y mientras usted ensaya sus gestos para ponerle al negocio la cara más desdeñosa que le sea posible, yo voy á ver á Góngora, lo tantearé hábilmente y le presentaré la mutua conveniencia de la transacción, y millón arriba ó millón abajo la aceptará.

— No — dijo tranquilamente el banquero.

Su abogado lo miró estupefacto.

— No — volvió á repetir; — la transacción es imposible.

No me conviene.

— ¿Qué hacemos entonces?

— Lo que procede.

— ¿Y qué procede?

— Es muy sencillo.

— Veamos.

— Se pide la presentación de las cartas originales.

— Bien, un trámite...; se presentan las cartas, ¿y qué hemos adelantado? Nada; absolutamente nada.

— Mucho — replicó el banquero. — Déjeme usted hablar, que es poco lo que tengo que añadir. Al mismo tiempo que se pide la presentación de las cartas originales, se pide que dichas cartas sean pericialmente examinadas.

— ¡Pericialmente examinadas! — exclamó el letrado.

— Sin duda. ¿Es acaso un procedimiento inusitado? ¿No

estoy en mi derecho pidiendo que se averigüe en forma el valor auténtico de esas cartas?

— Eso — replicó el jurisconsulto — sería ganar tiempo si no fuera perderlo; porque aquí lo que urge es cortar el negocio, pues presenta malísimo aspecto.

— Esta vez — dijo Valle-alegre, dando por terminada la consulta — el letrado es preciso que se atenga á las instrucciones del cliente.

Poco después cliente y abogado salieron del salón; el primero subió á su coche que aguardaba en el vestíbulo, y el segundo se dirigió á su casa, murmurando interiormente contra el insensato orgullo del banquero.

Inmediatamente se pidió la presentación de las cartas originales de Mauricio Ripoll y el examen pericial de ellas. Las cartas originales fueron puestas á disposición del tribunal, se nombraron los peritos calígrafos que debían examinarlas, y el litigio quedó suspenso de esta secreta investigación, cuyo resultado se discutía con gran calor, sirviendo de motivo á opuestos pareceres.

Iban y venían corrientes contradictorias. Si unos decían que las cartas no eran auténticas, en el acto aseguraban otros, como si las hubieran visto, que estaban escritas de puño y letra de Mauricio Ripoll.

Y se decía por otra parte:

— Desde que se ha sometido *la cuestión de la autenticidad* á un examen facultativo, la cosa está en tela de juicio.

Y replicaban por otra parte:

— ¡Bah! Esa es una salida abogadesca. Valle-alegre tiene perdido el pleito y, por ganar algo, quiere ganar tiempo.

Con estas disputas se acaloraban los ánimos, las palabras se enredaban como las cerezas, y ya el caso no fué sólo de apuestas, sino que hubo hasta desafíos; porque en esta era racionalista es cuando más especialmente lo resuelve todo la sangre y el dinero. Los gobiernos presentes

no tienen más que dos recursos para todos los conflictos: quintas y contribuciones, y el ciudadano particular su bolsillo, si se lo dejan, y sus puños, si no lo maniatan. Por lo que hace á la razón, es un mero adorno que conservamos por puro capricho.

Entre tanto los peritos encargados judicialmente del examen de las cartas guardaban religioso secreto, y no era posible traslucir lo que pensaban acerca de este asunto.

Para comprobar la exactitud de los mencionados documentos, habían pedido otros en que constasen la letra y la firma de Ripoll, y Góngora por su parte había facilitado otras cartas del mismo Ripoll, que había en el archivo testamentario del Americano, y también Valle-alegre había presentado documentos análogos.

El trabajo de los peritos caligráficos estaba reducido á sostener la identidad de la letra y de la firma, ó á declarar que no era la misma firma ni la misma letra. Había que hacer un cotejo minucioso rasgo por rasgo, perfil por perfil, porque de esta indagación dependía que la balanza de la justicia se inclinara de un lado ó de otro.

Los peritos nombrados eran tres hombres de bien á carta cabal, tres pobres hombres que creían en Dios á puño cerrado, y por lo tanto el juramento en sus labios aseguraba la lealtad de su proceder en tan grave asunto.

Por lo demás, era imposible advertir temor alguno ni en Valle-alegre ni en Góngora. Ambos contaban al mismo tiempo con el dictamen favorable de los peritos, y no había remedio, el dictamen tenía que ser adverso al uno ó al otro.

Estos dos hombres puestos frente á frente en el combate de este litigio no se jugaban unos cuantos millones, que en el mundo todos los días se pierden y se ganan, ni siquiera la vida, que al fin hay que perderla; se jugaban la honra, pues la alternativa era ésta: ó Valle-alegre había

estafado escandalosamente al Americano, ó Góngora había falsificado las cartas de Mauricio Ripoll.

Por imbécil que sea en muchos casos eso que llamamos opinión pública, no podía ocultársele que éste era el caso en que se hallaban las cosas; así es que el interés del asunto se hallaba en todo su apogeo, el drama se ofrecía en su situación más culminante. El nudo estaba hecho, cada vez se apretaba más, y era muy aventurado suponer cómo llegaría á desatarse.

Como el autor del drama era la Providencia, que es quien dirige los acontecimientos humanos, no era fácil presumir el desenlace; porque la Providencia suele salir á lo mejor por registros ignorados que desconciertan nuestros cálculos.

La nube estaba formada, y su obscuridad era amenazadora; mas ¿sobre qué cabeza iba á caer el rayo?

Había en este asunto un incidente que servía á su vez de tema, por no decir manía, á las conversaciones. Consistía en la intervención misteriosa del marqués, en las revelaciones que, según él mismo aseguraba, había adquirido de los *espíritus* por medio de su ayuda de cámara.

— ¡Quién cree en semejante cosa! — exclamaban los *espíritus fuertes* con todo el desdén de su ilustrada preocupación. — Aquí no hay más intervención misteriosa que la de Góngora, ni más lápiz parlante que su lengua; él confió al marqués el secreto de las cartas de Ripoll, y entre ambos nos han querido dar esa broma de *espiritismo*.

La explicación no dejaba de ser admisible, pero se veía rechazada calurosamente por muchos á quienes agradaba esa comunicación caprichosa, familiar y amena con el otro mundo. La rechazaban asegurando que Góngora desmentía terminantemente que él hubiese confiado al marqués el secreto de las cartas de Ripoll, cuya existencia él mismo había ignorado hasta aquella noche. Aseguraban ade-

más, y en ello convenían todos, que el trato entre el marqués y Góngora no había sido nunca íntimo.

La cuestión suscitada con tal motivo no salía de esos términos, y el *espiritismo*, esa magia moderna que es tan antigua como el oráculo de Delfos y la Pitonisa de Endor, que ha sido en la antigüedad el rito fundamental de todas las falsas religiones, que fué la ciencia suprema entre los persas y el arte sagrado en la India, y que es hoy como antes, en su infinita variedad de formas, el culto que rinde al demonio la ignorancia de los pueblos salvajes; el *espiritismo*, digo, que no ofrece al estudio de las personas rectamente ilustradas más novedad que lo grotesco del nombre, saliendo de los conciliábulos particulares de la secta, vino á ser objeto de discusión, digámoslo así, pública, aunque el punto sólo se discutía en las conversaciones particulares.

El *espiritismo*, á propósito del litigio que forma el nudo principal de la presente historia, estaba sobre el tapete, ó, hablando en términos parlamentarios, estaba á la orden del día.

Unos negaban la autenticidad de los hechos, otros afirmaban la realidad de casos estupendos plenamente confirmados. Unos habían asistido á sesiones solemnes en que todo había sido pura superchería, y otros atestiguaban haber hecho por sí mismos experimentos de éxito indudable.

Los *teólogos* de esta arte diabólica exponían la doctrina, y los incrédulos se mofaban de ella, no sin razón, encontrándola absurda, estúpida y ridícula.

Los más doctos, no pudiendo negar la comprobación de algunos hechos, explicaban ciertos fenómenos, atribuyéndolos á fuerzas desconocidas y sutiles, propias de la materia, que obraban en la naturaleza.

Los indiferentes se burlaban á su vez de una explicación tan frágil, y la verdadera ciencia y la fe, que siempre

van juntas, llamaban á la doctrina error y á los experimentos abominaciones, condenándolos de consuno.

Entre tanto el marqués, dejando á las vanas disputas de los hombres el esclarecimiento de tan ardua materia, saboreaba el delicioso manjar de su triunfo *espiritista*, dándose modestamente los humos de un oráculo. Hasta entonces su lengua mordaz y habladora todo lo había hecho objeto de burla, haciendo las delicias de los vivos; mas desde el momento en que se creyó elevado al honor de recibir las confidencias de los muertos, se hizo reservado, serio, reflexivo. Andaba con lentitud, sus movimientos eran acompasados y la bulliciosa espontaneidad de su carácter padecía una verdadera parálisis.

Había adoptado un lenguaje extraño, simbólico, ininteligible; se explicaba más por cifras obscuras que por frases corrientes.

Se refería á lo pasado como si lo hubiera visto, y hablaba de lo porvenir como si lo estuviera viendo; sus palabras eran sentenciosas, sus ademanes graves. Hacía vaticinios políticos y anunciaba con pasmosa imperturbabilidad lo mismo los sucesos prósperos que los desastres.

Semejante transformación, casi repentina y verdaderamente inesperada, era para unos señal evidente de que se hallaba en comunicación con los espíritus, mientras otros no veían en todo ello más que una broma algo pesada, propia del buen humor del marqués. Algunos sospecharon que había alguna turbación en su juicio.

Su casa padecía también la misma enfermedad, puesto que todo había cambiado en ella, convirtiéndose en un centro *espiritista*. Allí, en un salón preparado al efecto, se celebraban sesiones estupendas en las que ocurrían cosas maravillosas. En aquella casa todos los muebles hablaban, todos los lápices escribían. Las luces solían encenderse solas y del mismo modo solían apagarse; las puertas

se abrían y cerraban por sí mismas, y, en fin, los espíritus decían cosas extravagantes unas veces, insignificantes otras y algunas terribles.

Como el placer de la mesa era el placer favorito del marqués, daba banquetes *espiritistas*, invitando á ellos á los espíritus de su mayor intimidad. Estos convidados invisibles tenían su cubierto y se les servía la comida como á los demás convidados vivos. En estos festines solían ocurrir incidentes extraordinarios, y durante el banquete se hablaba con los muertos mano á mano. Allí se hacían toda clase de preguntas, á las que no siempre contestaban los espíritus, porque, según el marqués, no siempre están dispuestos á soltar la lengua. Si contestaban saliendo por los cerros de Úbeda, entonces eran *espíritus burlones*, y las respuestas más graves, más profundas que se obtenían, eran enigmas que cada cual descifraba á su manera.

De este modo se iba extendiendo la secta, y cada día caían nuevos adeptos entre la risa de unos y la admiración de otros.

En una palabra, la casa del marqués tenía una puerta invisible que daba al otro mundo, por la cual los espíritus iban allí á pasar el rato.

Todo esto se decía, se contaba y se comentaba, mientras los peritos encargados de examinar las cartas de Ripoll seguían su secreta tarea.

El incidente del *espiritismo* llenaba el entreacto del pleito, y era al fin y al cabo un buen recurso, con el que se entretenía la impaciencia de los espectadores.

No obstante, el entreacto se hacía demasiado largo, y los más impacientes preguntaban:

— ¿Qué hacen esos pobres diablos que no acaban de averiguar si la letra de Mauricio Ripoll es ó no la letra de Mauricio Ripoll? ¿Tanto tiempo se necesita para saber si un hombre se parece ó no á sí mismo?

— No es el caso tan fácil — replicaban los menos impacientes. — Se encuentran entre la espada y la pared, no querrán descontentar á Góngora ni enojar á Valle-alegre, y ahí los tienen ustedes perplejos sin saber á qué carta quedarse. Puede ser — añadían — que si son buenos doctrinarios transijan la dificultad, declarando que la letra es por una parte enteramente igual, mas que por otra parte no es precisamente igual del todo.

Si el espectáculo del pleito se hubiera representado en el teatro de la ópera, ó en el teatro de la zarzuela, en el teatro del drama ó en el teatro de la comedia, es decir, en cualquier teatro de España, lo mismo en Madrid que en Alcovendas, ya habríamos oído los chicheos, las toses, los murmullos, los silbidos, los golpes y los gritos con que los públicos ilustrados, lo mismo que los públicos incultos, advierten que se cansan de esperar y que es preciso que el telon se levante inmediatamente.

Tal era el estado de los ánimos y de las cosas al llegar los sucesos de este relato al punto crítico en que nos llamamos.

Basta, pues, de pormenores.